

# FÍGARO.

## PERIÓDICO ESPECIAL.

Se publica cuatro veces al mes.—Precios de suscripcion: En Búrgos, real y medio; en provincias, dos reales, pago adelantado. Números sueltos diez céntos.—Habana y extranjero una peseta.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Imprenta de la Sra. viuda de Villanueva, Plaza Mayor 2, y en la Lotería del Sr. Hernando, paseo del Espolon. Anuncios y preguntas á precios económicos.

Noviembre 2.

REDACCION Y ADMINISTRACION; LAIN-CALVO 20, 2.º

Núm. 34.

EL INGENIOSO HIDALGO

### D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE

escrita por El Bachiller Avellanado.

#### CAPÍTULO V.

*En que comienza la delicada aventura del Caballero Don Rodrigo, que no va en zaga de ninguna otra.*

No habian trepado Sancho y Don Quijote á la cumbre de la montaña, que es como cabecera del angosto valle en que yacía el encantado castillo, cuando vieron sobre el oscuro azul del cielo nubes de revuelto y denso humo sobre el que lucian lenguas de rojas llamas, á cuya fúnebre claridad se iluminaban los muros amarillos del gótico edificio.

—¡Zapel! exclamó Sancho, ¡y toma que mi agüelo, y si fué bonica advertencia la de salir presto del castillazo! ¡No sinó andáos en repulgos! ¡Y qué bien que se dijo; tres cosas echan al hombre de su casa, el humo, la gotera y la mujer vocinglera! Y á buen salvo está el que repica, y la diligencia es madre de la buena ventura, y advierta su merced como miles de fantasmas voladoras andan al rededor del castillo con teas encendidas.

—Por lo menos, dijo Don Quijote, el miedo te hará ver un millon de ellas, pues es condicion y propiedad de todo hondo afecto dar de mano la prudencia.

—¿No lo ve su merced? preguntó Sancho.

—Distingo, respondió Don Quijote; veo llamas y humo, mas no soy osado á afirmar que sean verdad. Tambien tú viste á Dulcinea trocada en rústica labradora.

—¡Ay! ¡ay! dijo Sancho, ¡y como del tropezar y caer nada se saca sino el zapato roto ó la costilla quebrada!

—No te comprendo ahora, dijo Don Quijote.

—Digo, repuso Sancho, que no hay mas hablar del encanto de mi señora Dulcinea, el cual ya deshice y concluí muy á mi costa.

—Acerca de lo cual abrigo graves dudas, dijo enfáticamente Don Quijote, siendo como lo eres poltron y testarudo.

—Diga, añadió Sancho, ¡y que traspasada se halla la su merced que no recuerda cuanto me azoté por los bosques en beneficio de mi señora! pues, á fe á fe, que aun ha de sobrar vapuleo en favor mio, como le oyó su señoría.

—Oí, pero no ví, y aquí está el daño, dijo Don Quijote; y además era de noche. Y temo, que, ó no te azotaste bastante, ó no te azotaste bien, pues Dulcinea no aparece, y cuenta errada no vale. A mas de esto, recuerdo que fué tu vapuleo atropellado harto, pues en corto plazo contaste mucho, y el que mucho abarca aprieta poco. Noté, así bien, que no adoleciste como era de razon despues de tu trabajo y penitencia, apesar de ser, como lo eres, chillon y delicado. Por todo lo cual es bien reponer este asunto á su sumario para ver si hubo equivocacion, y que yo haga prueba en tí concluyente y clara; y mediante el efecto que en tí produgeren cien ó doscientos azotes de mi mano, se vea y sepa comparando el efecto que en tí debieron producir los tres mil y trescientos que tienes á tu cargo.

—¡Aparta! exclamó Sancho, y cepos quedos, ú oirnos han sordos, y quien destaja no baraja; y cuente su merced con que tengo recibidos esos azotes, y sobre ellos otros tantos, sin quitar uno solo, sin ir mas allá, que es como dar al traste y estricote con toda mi escudería y á mas las costas. El señor Merlin el encantador sabe, como su merced, que me son de admitir en mi pago algunos mosqueos por azotes, ni hay llevar las cosas á roso y velloso.

—¿Luego, mosqueaste? Sancho, preguntó Don Quijote.

—Si mosqueé ó no mosqueé yo me lo sé, y Dios tambien, contestó Sancho; y mi casa y mi hogar mil años val.

—Basta de refranes, Sancho, contestó D. Quijote, que por causa y obstáculo de ellos aun puede dilatarse la

aclaracion de tan grave asunto, que tras una; horas vienen otras.

Y así fué terminar el caballero estas palabras como dejarse ver entre los árboles del inmediato bosque una tranquila lumbre que el verde cesped y los troncos añosos de joyas adornaba.

—La noche cierra, dijo Sancho, y allí se muestra un rancho de cabreros.

—Mejor de algun andante enamorado debe ser esa luz por lo discreta, contestó Don Quijote, que no se deshace en un espacio.

—Menos importa eso, dijo Sancho, que el relente de la noche, y la soledad triste de este campo.

Y al acercarse el caballero al sitio ameno en que la lumbre ardía, vió como dos hombres al rededor del fuego pacíficos conversaban. Mostraba el uno edad de sesenta años; vestía calzon ancho, holgado tabardo, y altos borceguíes; por lo demás, bien prevenido cinto de buenas armas: era el otro gentil mozo así aviado como se suele para cabalgar á la gineta. Por donde Don Quijote vino á afirmarse en su idea, que se las habia con gente de su profesion, ó acaso de su propio linaje.

—¿De qué gremio? preguntó el de la Triste Figura, ¿de los afortunados ó de los pesarosos?

Absorto por demás quedó el que á la lumbre se calentaba, sobre todo al contemplar la estampa del recién llegado; pero continuó Don Quijote:

—Quier que seais, ó de los unos ó de los otros, el día llegará y con él la luz y vernos hemos.

—Pardos son todos gatos por la noche, dijo Sancho, ayudando á que se apease su señor, y quitando la albarda al rucio; sobre que es de asir la ocasion por la melena, y pan y vino andan el camino mas y mejor que mozo garrido.

—Sancho Panza pareceis, buen hombre, dijo el de la lumbre.

—Como un huevo á otro, dijo Sancho; y olivo y aceituno todo es uno.



—¿Y cómo por estos sitios y á horas tales? insistió el emboscado.

—Cuento largo y profundo es ese, dijo Sancho; y dejen el caso como está, que sobre un huevo pone la gallina, y pone que pone que no hay una tal mina; y paso atrás cada vez mas en Adan paramos todos, sin que lo arreglen beatas.

—Verdad es pues lo de Atapuerca, padre, dijo el mas jóven de los emboscados.

—Muchas antigüedades, dijo Don Quijote, han de ver sus mercedes resucitadas, que el hacerlo yo no es gran cosa.

Y apenas asentados en derredor de las ascuas llegó un mozo de campo y exclamó.

—¡Voto á tal y que arde que no quedarán ni pavesas!

—¿Qué es lo que arde? preguntó el anciano.

—La fábrica cercana; y estas son las cenizas de la Cóiima su señora.

—¡Pasamonte! llámase Ginés, por ventura, ese sugeto? preguntó Don Quijote.

—Y no de otra manera, contestó el mozo; con tal condicion que del mismo nombre han sido todos los de su linage, como lo han de ser todos sus hijos, segun usanza de su casa.

—Vean y palpen, pues, aquí sus mercedes, dijo Don Quijote, otra actual antigüalla, si así podemos explicarnos. Ese Ginés hurtó el rucio á Sancho, como podrá decirlo el mismo.

—Yo diré que sí, que es cierto, contestó Sancho, mas no lo dirá el rucio si le dieran garrote, que él sabe callarse como conviene.

—Tambien es la verdad, añadió Don Quijote, que yo deshice á ese caballero su retablo armado en cierta venta; pero fué en pura y legal defensa de necesitados y en cumplimiento de la ley de la caballería.

—Sí, añadió Sancho; y aun por eso hube de pagar cuatro reales y medio por el rey Mansillo de Zaragoza, cinco y un cuartillo por el Sr. Carlomagno y sesenta maravedis por la hermosa Mieliseda á buen componer trocada en doncella de la corte; en los que mi señor hizo desaguizado.

—Para pagar á los caballeros Marsilio y Carlo magno, dijo Don Quijote, no hay oro que valga; así como para las buenas prendas de la señora Melisendra, pero ahí está el diablo que todo fué por magia y malas artes.

El mozo de campo sentóse á descansar sobre el verde suelo, y á to-

mar un refrigerio por medio de una bota que del cinto pendiente llevaba; y se disponia á continuar su quehacer cuando Sancho dijo:

—Su merced si que es prevenido y bien portado escudero, y á fé que es de lo blanco como á la real condicion de su merced toca, atañe y pertenece.

—Vino el compadre en buena advertencia, dijo el mozo.

—Ese es en toda verdad del que yo hablaba, amigo, dijo Sancho; y de que es descolorido certifica el olor, no menos que el chorro, pues su merced, como galan, bebe á lo alto, mas del aliento de su merced digo que ni Rotolando.

—¿Es su merced, por ventura flaco del pecho? dijo el mozo, sepamos.

Sancho, despues de medio cuarto de hora de contemplar los astros, exclamó en voz recortada:

—¡O del bellaco y del socarrón y que dejo tienel ¡y como es toresano de casta el gran bergante! Y no hay mas que en su merced ámbares y Ambrósias lleva consigo, ó los sabe encontrar en donde quiera que pone las manos.

—Ambrosías que no Ambrósias, Sancho, dijo Don Quijote.

—Si que no será lo mismo uno que otro; mas su merced me entendió y eso basta.

Y el decir Sancho lo que manifestó acerca del mozo de campo fué por ver como éste movia fiambres y rollos de papeles grandes no en valde deshacia y como se enriquecia todo aquel suelo. Y durante la tranquila cena que hidalgamente fué ofrecida á Don Quijote, continuó el mozo:

—No es mas todo esto que acontece, señores, sinó que en mal día marchó á luengas tierras Roque el zurdo, y allá se dió tal traza y maña, como que en pocos dias se trocó en todo un caballero; y achácanlo á que á fuerza de pasear por Inglaterra, hubo cierta noche de tropezar y no caer en medio de cierta calle; volviése atrás por ver el burujo en que habia tropezado, y halló que era una saca, que no saco, de dineros.

—De ahí debe venir, interrumpió Sancho, la que dicen boba costumbre de volver la cara atrás para ver sobre que tropezaron los que tropiezan, que no es sin fundamento.

—Eso será, continuó el mozo; con que <sup>co</sup> á <sup>co</sup> á dineros tantos, y á pesar de ellos, en pocos dias acabó los suyos, dicen si por causa del talego.

—Debió, pues, morir ese Roque, dijo Sancho.

—Del todo, dijo el mozo; mas su hijo, nacido en esa Inglaterra, tuvo por bien caminar al revés que su padre lo hizo; quiero decir que vino á España, y ya en España, á conocer esta tierra. Y era ¿qué digo? aún es señor de muchas trazas, que así labra y pule en un santiamen una brocha de afeitar como adoba un cuero, y así maneja alicates como barrenas. Y para mas y mejor hacer cuanto entiende en oficios vino á fundar esa fábrica de que voy hablando.

Y como no hay hombre sin hombre, segun dice el refran.....

—Sí, y el pan bien escardado hinche, la trój y al amo, dijo Sancho; y ni tu pan en tortas ni tu vino en botas; y en manos está el pandero que le sabrán bien tocar; y mas vale onza de sangre que libra de amistad; y si bien canta el abad no le va en zaga el monacillo; ¡y no hay sino venirme á mí con refrancicos! y desnudo nací y desnudo me hallo ni pierdo ni gano; y si en tu casa cuecen habas.....

—¡Echa! infame, descomulgado, harto de ajos; ¡y adonde irás á parar con despropósitos! gritó Don Quijote.

—Cada uno en su casa y Dios en la de todos, murmuró todavia Sancho.

—Y es mi decir, continuó el mozo, que Mister Rique, ó el hijo de Roque, que todo es uno, hubo de entenderse con Ginés de Pasamonte y su parienta la Cóiima.

—Pues que críalos Dios, y luego, interrumpió Sancho, ellos se van juntando.

—Sí, dijo el mozo, por cuanto es muy hombre Ginesillo para ordenar una fábrica y la Señora Cóiima muy mujer para gobernar la jarcia de doncellas que emplea en muy muchos menesteres la industria, y sirven á mas barata paga que los varones.

—El Mister dijo desde el primer dia como una fábrica es convento industrial ni mas ni menos como el de las hormiguitas, y como un minuto es una hora, que en quinientos hombres que trabajan hacen horas quinientas y en reales muchos cientos y aun miles mas. Que todos y todas trabajadoras para ser conocidos habian de llevar tabardo de color de tierra con capucha, y no habian de tener mas nombre que el número que en suerte les tocase; y habian de empezar siempre á comer con ensaladas frescas, por cuanto el demasiado apetito es peligroso, y hombre relleno de vientre no es habil para cosa de provecho. Quitó el Mister, además, los dias de fiesta, y una parte de salario para ex-



traordinarios accidentes, y la boca y Misa.

—Acabára su merced, dijo Don Quijote, que todo suspenso y embebecido habia estado escuchando; pero ya está aquí el hilo de la salida de este laberinto, y por él adelante presto se llegará al cabo de este negocio. ¿Qué mas, pues, indica todo lo que su merced dijo sino puras nigromancias?

—Pues á mi dijeron las dueñas, interrumpió Sancho, como allí estaba con ellas la señora Altisidora, no menos que Doña Rodriguez, bien que amojamadas harto, todas bien desbarbadas y así rasas como noche de Enero; que las mamonas y alfilerazos que por ellas sufrí no fueron en valde, antes cayeron como escarcha y hielo sobre los sembrados rostros dueñescos necesitados; y fiadas en mi caridad y tormentos que por ellas sufrí, remitíanme y me enviaban nuncio y embajador á mi Señor Don Quijote para que las sacase del encantamento en que sumergidas y atolladas se encontraban por el mago Misterique.

—¿Debe entonces su merced conocer, preguntó el mozo, á ese Don Cogote, ó Don Gigote, andante de este ajo?

—¿Qué si conozco? dijo Sancho y libbre Dios á su merced de bien conocerle, que le será de provecho.

—No tomo carta en este juego, añadió Don Quijote, pues castigado de más se halla el mocete con no saber de Don Quijote de la Mancha; calamidad sobre todas miserable.

—Pues la Cóima, continuó el mozo, fuese en seguida en busca de Ginesillo en cuanto supo la llegada á la fábrica del señor Don Azote, ó como sea de decirse, pues la ocasion es calva; que en lo demas ambos llevaban buena cuenta de los dineros muchos del Mister, no menos que del aposento en que yacían; y dispuso Parapilla que se trocase la señora Cóima y trasformase en dueña dolorida y menesterosa africana, lo cual ella acetó de muy buena voluntad por ser persona entendida en aventuras de caballeros, y haber, ademas, estado en Africa, así como Ginesillo no pocos años. Y echando las máquinas á andar en su tiempo oportuno, tal se anduvieron y andan que no han de hallar reposo en todo un año.

—Ahora veo, Sancho, dijo Don Quijote, como acertamos del todo en esta formidable aventura; y verás tú cuán propia fué así bien nuestra salida en triunfo del endiablado castillo, que estos buenos hombres llaman fábrica. Y comprenderás la natural razon de

como el coro de princesas iba procesionalmente cantando la poeana de la victoria, y hasta el rucio, á mas de Rocinante, fué conducido casi en hombros de personas racionales; nada digo de mí, pues la propia alabanza envilece, asentado sobre sillón, ni de tí sobre la albarda, pues sabes no pusimos pié en el suelo.

—Si que grande fué, añadió Sancho, la formalidad de las cabalgaduras en tan gran trance, si separamos el cántico del rucio.

—¿Luego vos sois Don Quijote el ruidoso de Atapuerca? preguntó el anciano caballero, acercándose al de la Mancha y comenzando un breve paseo por el bosque.

—No quita lo cortés á lo valiente, respondió Don Quijote, y bien pueden ir de esta manera los que luego han de probar el temple de la espada.

Sancho que en un punto vió desaparecer el servicio todo de la mesa y montar y huir á toda carrera á los del reciente convite, paso á paso, la montera y ambas manos atrás comenzó á seguir cercano el paseo de entrambos caballeros diciendo;

—¡Válame Dios! ¡y lo que son tiempos! ¡miren y que padres recoletos agora gastan caperuzas! ¡Y como es verdad que de cojo á cojo el muletazo! ¡y dineros de sacristan.... y quien debe y paga debe nada! ¡Y mal año para fabricantes y fabricantes tales! Y como no hay poder convenir hombres si Dios no los conviniere.

—El anciano en tanto decia á Don Quijote.

—Pues yo, señor Don Quijote, me llamo Don Rodrigo del Ayuco, Marqués de este título.

—Solo, respondió Don Quijote, se me ocurre, ahora, el de Villena, el redomado, sobre el de Mantua que puedan competir con su señoría.

—Y no ejercí, continuó Don Rodrigo, la nobilísima profesion de las armas....

—¿Qué dijo su señoría? exclamó Don Quijote.

—Ni aun la de las letras, por creer mis ilustres padres que habia yo y poseía sobra los medios de fortuna.

—¿Qué pues se hace el Señor Marqués del Ayuco?

—Días hay diversos, contestó Don Rodrigo, como noches. Las hay, tal cual la presente, en que me doy al campo por ver si es la verdad que un caballo echado en agua á la mitad de ellas y en un bosque vuélvese culebra, ó si durante ellas son pardos los gatos todos, sin exceptuar los negros.

De los días, teniendo como tengo máquina para fabricar pompas grandes de jabón, y libros blancos donde colocar los trozos de papel que la casualidad me depara, ó la suerte, en los mas raros lugares, para descifrar lo que casados todos puedan decir, no puede faltarme ocupacion en tiempo alguno, Desato, además logogrifos, y deshago enigmas, y hago jaulas.

—¿Y, por ventura, dijo el escudero, no oyó su excelencia hablar de Sancho Panza?

—Con el necesario tiempo para la meditacion que se me concediera, contestar podría á su merced, respondió Don Rodrigo, que tiempo es prudencia.

—Si que con el tiempo madurar han las uvas, sobre que él hace milagros, dijo Sancho, ni tras cada cantillo se halla el menester; y á Dios rogando.

En estas y otras pláticas de los caminantes vino el día sonriente por campos y collados, pintando plantas y aguas plateando, á cuyo rosado rostro huían despeñándose las temerosas sombras de la noche. Y apareció el palacio de Don Rodrigo,

Erase una redonda y gran le portada sobre la cual sobresalía, como si fuese á venirse abajo, el escudo del Señor Marqués. Soportábanle dos velludos salvajes con franciscas, ó mazas heráldicas, posadas en tierra. Salíanse gritando de la pared afuera ciertas eses de hierro poblaban como bosque de hojarasca, sobre las que descansaba el balconaje, y un solemne *victor* encarnado blasonaba casi el centro del rojo muro.

Al entrar Don Quijote al patio de delgadas, altas y diversas columnas enriquecido, hallábase el Ayuda de Cámara de su señoría muy ocupado en espantar ciertos cerditos, y el señor Marqués hería con el rayo de su mirada al Ayuda de Cámara, que por tanto espacio de tiempo habia olvidado aquel inescusable quehacer. El Ayuda, por mejor cumplir, manoteaba y gritaba desesperado, mas traíanle y llevábanle las crias de cerda como loco, pues escondíanse entre las leñas y ropas puestas á secar, y alborotaban los conejos y los patos, causando recios ruidos y mal sonantes. Los cerditos, en fin, como si se conjuraran, á bajo hocico y trote de su casta subieron por la escalera principal. Del coche, que en el patio se ostentaba, no hay decir sino que era paseo de provechosas gallinas, que en él y en la regalera para su limpieza tenían bebedero.



Esperaba el hijo del Señor Marqués en medio de una meseta de la escalera; y en tal primer descanso fué el darse las manos los personajes. Entraron en seguida todos por una larga galería poblada de cuadros grandes, acerca de los cuales como Sancho preguntase, le fué respondido que las pinturas mayores representaban las mujeres fuertes de la historia y filósofos no menos que de Grecia; los demás eran mapas. Con lo que Sancho encogió los hombros y siguió mirando.

Conque por efecto de otra mirada fuego de Don Rodrigo, adelantóse el Ayuda con el objeto de abrir puertas y cuartillos de balcones, lo cual, sin duda, el buen servidor hubiera conseguido buenamente á no haberle salido al encuentro dos sillones, y á no haber resbalado; y es que á la sazón revestido de casaca y calzado nuevo, la falta de costumbre, le hacia difícil tanto la conduccion de su doble equipaje.

Disculpábase su señoría con Don Quijote, y Don Quijote no alcanzaba la causa por la cual debiera disculparse su señoría, ocupado todo en averiguar como no habia resonado el clarín guerrero, ni el enano ni el bufon por parte alguna aparecían. Y tras salas varias y callejones, llegó el momento de descansar en una estancia de antiguos descoloridos damascos tapizada.

Asentaron á Don Quijote como á Sancho sobre espacioso escaño, huecamente almohadonado de lonjincuas sedas, en las cuales uno y otro huésped quedaron enterrados; y como el señor Ayuda de Cámara colócase á los piés del caballero y escudero almohadones tales como primos hermanos de los del avaro escaño, Don Quijote dejó á la vista poca parte de su persona, que la de Sancho casi desapareció muy á su disgusto. La familia del Sr. del Ayuco se aposentó en sillones.

Manoteaba Sancho como quien nada, y estático reposaba Don Quijote, mientras el Señor Marqués explicaba con calma prioral los males y los daños de los presentes tiempos, la ventura y felicidad de los ya pasados; la baja de las rentas rentadas, la subida de los pechos y tributos, el alza de las miserables necesidades, el descenso de toda moralidad, y el arriba y abajo de su genealogía toda, á contar desde el fundador Don Jufre del Ayuco, que por haber muerto á una serpiente que por siete veces intentó devorar con sus siete cabezas á la Infanta Doña Melancólica ganó el marquesado.

Y es de saber como el astuto y fiero reptil habitaba el hueco tronco de una vetusta haya, y jamás comió un solo hayuco mientras hubo á la mano persona que devorar. Por todo lo cual lleva y trae en su blasón el Señor Marqués una gran serpiente en campo verdoso y veintidos hayucos en campo blanco, que son en número iguales á los años de Doña Melancólica, que mas no vivió; y á mas el blasón muestra dos docenas de lágrimas en campo de oro, que aluden al nombre de la Señora Infanta con mucho ingenio.

—¿Cómo, pues, dijo admirado Don Quijote, escribe en el blasón su excelencia Ayuco sin *h*, pues así le noté en el mote del gran atrio de este alcázar?

—Es la causa, contestó el hijo de Don Rodrigo, que era letrado, que el Señor Don Pascual Bailón de las Once mil Vírgenes Hayuco, bachiller en decretos y Ministro del Santo Oficio, hubo pléito con Don Gil de los Innumerables Mártires Hayuco; cuyo pléito en todos los trámites, recursos, alzadas y remedios fué ganado por el Don Pascual por ser hijo legítimo y de legítimo matrimonio de la Señora Doña Mafalda Puerto-lápice, Sierranueva y la Alpujarra; pues el Don Gil fué hijo natural, y no mas, de Doña Tecla Arenales, Llanuras y Descampados; y la Chancillería por sentencia firme, pasada en autoridad de cosa juzgada, falló, dispuso, ordenó, y mandó por siempre jamás amen, que separase una *H* las ramas, tallos y entronques de entrambos litigantes, la cual, por su figura debia condenarse á perpetuo silencio con las costas, en lo que hace, toca, concierne, pertenece y atañe al entronque de mi padre, que va derecho al Don Pascual Baylón.....

En este punto rebotando ya la ira y cólera de Don Quijote, sin ser mas poderoso á contenerse, se levantó furiosamente y dijo:

—¡A del follón, menguado, acabador de todo sufrimiento! ¡ni que jotas, ni que haches ni que diablos!

Y comenzó tal descarga de cuchilladas que allí donde caían todo eran ruinas. Y por mas que Sancho voceaba y decia,

—Téngase su merced á la justicia, ¡mal hora para la madre que me parió! y vea su señoría como ya está sentenciado este asunto y que con todas las letras de cuantos abecés hubo en el mundo! nada ya se alcanza.

El Señor Don Rodrigo huyó tras los despojos, y su heredero no menos

que por la ventana. El Ayuda de Cámara gritaba ¡amparo! por los largos pasadizos y era todo cual Campo de Agramante.

## GRAMÁTICA LATINA.

### LECCION 25.

VERBO es la parte de la oracion que expresa el concepto del alma. Nuestra alma tiene *Conciencia* que juzga; *Voluntad* que quiere ó no quiere obrar, *Sensibilidad* que siente sin discurrir, é *Inteligencia* que piensa. Todas estas facultades explica el verbo.

El verbo es sustantivo y activo. El Verbo sustantivo es el VERBO SER, que denota esencia ó existencia, y por eso sirve para la formacion de todos los demás verbos regulares. Es el único verbo simple.

Verbo activo es el que se forma de una palabra radical, ó raíz, y termina con el verbo Ser. *Amas* se compone de la radical *Am* y del verbo *es*, variado el todo de la palabra para procurar la eufonia, ó *fácil y mejor* sonido.

Verbo regular es el que se ajusta á alguno de los cuatro modelos del verbo latino.

Verbo irregular es el que no se ajusta al modelo por una de dos causas; ó porque no se forma de una radical y del verbo Ser, ó porque su sonido debe modificarse para la pronunciacion ó para el sonido mas conveniente, característico y agradable.

Verbo omnipersonal es el Verbo completo.

Verbo defectivo es el que no tiene completa su conjugacion por su irregularidad.

Verbo unipersonal es el que tiene solo terceras terminaciones; es decir, que se expresa genérica y abstractamente.

Deponente es el verbo que tiene forma pasiva y significacion activa, ó vice-versa.

Comun es el deponente que significa accion ó pasion.

Verbo incoativo, es el que significa una accion en su principio.

Verbo frecuentativo es el que significa una accion ejercitada amenudo.

Verbo desiderativo es el que significa el deseo de hacer algo.

### Ejercicios.

Deus fluxit corpus hominis e limo terræ; dedit illi animam viventem; fecit illum ad similitudinem suam, et nominavit illum Adamum. Deinde inmisit soporem in Adamum, et detrahit unam e costis ejus dormientis. Ex ea formavit mulierem, quam dedit sociam Adamo; sicque instituit matrimonium. Nomen primæ mulieris fuit Eva.

Imp. de la viuda de Villanueva.